



Ricardo Monreal

Nacionalismo sentimental vs. soberanía real

En tiempos de incertidumbre global, conflictos geopolíticos y tensiones económicas, el discurso nacionalista vuelve a ocupar el centro del debate público. Se agita en plazas, redes sociales y tribunas políticas como una bandera de orgullo, identidad y resistencia.

Sin embargo, conviene preguntarnos: ¿de qué tipo de nacionalismo hablamos? ¿Del que apela a la emoción colectiva o del que se traduce en una soberanía efectiva, medible y sostenible?

El nacionalismo emocional se alimenta de símbolos, agravios históricos, relatos heroicos y la división entre nosotros y ellos. Funciona bien porque conecta con sentimientos profundos: pertenencia, miedo, enojo, esperanza. Es simple, potente y viral. Basta una consigna, un gesto patriótico o una narrativa de amenaza externa para movilizar a millones. No es necesariamente falso; los pueblos tienen memoria, heridas y aspiraciones legítimas. El problema surge cuando la emoción sustituye al análisis y la épica reemplaza a la política pública.

Este tipo de nacionalismo suele prosperar en contextos de frustración social: inflación, desigualdad, corrupción, inseguridad. Frente a problemas complejos, ofrece respuestas rápidas y morales. Identifica culpables externos, promete recuperar una grandeza perdida y convierte cualquier crítica en trai-

ción. Así, la discusión se polariza y la deliberación democrática se empobrece. La patria deja de ser un proyecto compartido y se vuelve un estandarte exclusivo, administrado por quienes controlan el relato.

La soberanía real, en cambio, es menos ruidosa y más exigente. No se construye con discursos encendidos, sino con instituciones sólidas, capacidad económica, Estado de derecho, independencia tecnológica, seguridad energética y diplomacia eficaz. Implica tomar decisiones propias sin someterse a presiones indebidas, pero también asumir los costos de esas decisiones. Supone invertir en educación, ciencia e in-

fraestructura; fortalecer la justicia; combatir la corrupción; diversificar relaciones comerciales, y proteger recursos estratégicos sin aislarse del mundo.

Mientras el nacionalismo emocional se expresa en actos simbólicos, la soberanía auténtica se mide en indicadores concretos: cuánto produce un país; qué tan dependiente es de insumos externos; si puede alimentar a su población; si sus leyes se cumplen; si sus ciudadanas y ciudadanos confían en sus instituciones. También se refleja en la capacidad de negociar con firmeza, no desde la estridencia, sino desde la credibilidad y la coherencia.

No son necesariamente conceptos opuestos. El apego a la nación puede ser una fuerza positiva cuando impulsa la responsabilidad cívica, la solidaridad y el compromiso con el bien común. El problema aparece cuando la emoción se convierte en sustituto de la estrategia y cuando la identidad se usa como cortina de humo para ocultar fallas estructurales. Gritar soberanía no garantiza poseerla; muchas veces, quienes más la invocan son los que menos invierten en las condiciones que la hacen posible.

En sociedades democráticas, el reto es transformar el sentimiento nacional en un proyecto de largo plazo. Pasar del orgullo reactivo al orgullo productivo; el

PERIÓDICO	PÁGINA	FECHA	SECCIÓN	
El Sol de México	21	05/02/2026	OPINIÓN	

que nace de escuelas que funcionan, hospitales equipados, empresas competitivas, campos sustentables y gobiernos transparentes. Ese orgullo no necesita enemigos constantes para sostenerse; se apoya en resultados.

El mundo actual, interdependiente y tecnológicamente integrado, obliga a repensar la soberanía. Ningún país es completamente autosuficiente, pero algunos negocian desde la fortaleza y otros desde la vulnerabilidad.

X: @RicardoMonrealA